

Infancia y trabajo. La experiencia de los sectores populares urbanos

Margarita Estrada Iguíniz

EL TRABAJO ES UNA EXPERIENCIA que siempre ha sido común entre los niños de los sectores populares urbanos, es uno de los múltiples recursos de los que echan mano en esos hogares para obtener medios de subsistencia, es parte de las diversas estrategias que instrumentan para tratar de mantener o mejorar sus condiciones de vida, o para solventar gastos extraordinarios e imprevistos. Pero el trabajo infantil no sólo es un recurso económico, también forma parte del bagaje cultural, de la experiencia vital de las distintas generaciones que conforman estos grupos domésticos.

El trabajo infantil se ha estudiado como parte de investigaciones dedicadas al análisis de la problemática de las unidades domésticas de los sectores sociales pobres en las zonas rurales y urbanas. La actividad de los menores se ve como parte de las estrategias de movilización de la fuerza de trabajo que poseen, y en este sentido no se destaca la participación laboral de los niños, sino como parte del conjunto de actividades que despliega el grupo para garantizar la subsistencia (Estrada, 1994 y 1996a; González de la Rocha, 1986 y 1995; Selby *et al.*, 1990). También se han realizado estudios que privilegian las condiciones en que laboran y viven muchos menores, y los riesgos a los que están expuestos. Esta perspectiva se ha orientado principalmente al análisis de la problemática de los niños de la calle (Alarcón, 1994; Scherer, 1995). La intención en este escrito es analizar algunas de las características y significados de la experiencia laboral de los menores pertenecientes a hogares de trabajadores urbanos, es decir de niños que desempeñan labores diversas en sus hogares, en las calles y en talleres, con el fin de obtener

ingresos, pero viven en una casa y tienen una familia.¹ El material que se presenta en este escrito relata las experiencias de pequeños que trabajan actualmente, pero también de adultos que durante su infancia lo hicieron. Como en muchos aspectos las experiencias de unos y otros son muy semejantes; aquí se señalan las similitudes para después destacar las diferencias más importantes que revisten las vivencias de ambos.

Cuando hablo de trabajo infantil hago referencia a todas aquellas actividades que realizan los niños y niñas menores de 16 años y que tienen como propósito reproducir sus condiciones de vida.² Si bien se puede argumentar que este criterio es sumamente amplio, tiene a su favor que permite la inclusión de la gran diversidad de situaciones en las que los menores participan. Abarca el empleo en comercios o empresas del sector formal, las ocupaciones que se llevan a cabo en lo que se ha denominado economía informal —talleres, venta ambulante, oficios callejeros, servicio doméstico, entre otros—, bien sea que las realicen por su cuenta o bajo las órdenes de un tercero, pero también la participación en los quehaceres que se efectúan cotidianamente en sus hogares y cuya finalidad es colaborar con la reproducción del grupo familiar. Dado que el objetivo es analizar los significados del trabajo infantil y los contextos en que los menores lo desarrollan, no se hace distinción entre las diferentes relaciones sociales bajo las cuales ejecutan o ejecutaron sus diversas labores. De esta manera, el criterio fundamental para considerar como trabajo a las diferentes actividades, no fue si se realizaban a

¹ Los niños de la calle pertenecen a ambos sexos y, habiendo roto el vínculo familiar temporal o permanentemente, duermen en la vía pública y sobreviven realizando actividades marginales dentro de la economía informal callejera. Los niños *en la calle* mantienen el vínculo familiar, suelen estudiar y realizan actividades marginales de la economía callejera para el propio sustento o para ayudar a su familia (Comisión para el estudio de los niños callejeros, 1992:10). Según datos del *II Censo de los niños y niñas en situación de calle. Ciudad de México*, los niños *en la calle* representan 71.45% de los menores que están en situación de calle.

² Son distintos los criterios que se pueden utilizar para establecer a quiénes se puede considerar menores, no obstante, dada la problemática de la que se ocupa este trabajo decidí retomar los criterios que fija la legislación laboral mexicana, y a partir de ellos definir a quiénes considerar como tales. En el artículo 123 de la *Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos* se prohíbe el trabajo de los menores de catorce años. Por su parte, la *Ley Federal del Trabajo* (LFT), en el Título Quinto reglamenta el trabajo de las personas que tienen 14 y 15. Esta reglamentación establece restricciones y señala condiciones laborales especiales para este grupo —jornada máxima de seis horas, prohibición de laborar horas extras o de realización de labores insalubres, entre otras—, además quedan sujetos a la vigilancia y protección especial de la Inspección del Trabajo (arts. 173 a 180 de la LFT). Según la legislación laboral sólo a partir de los dieciséis años las personas pueden prestar sus servicios sin ningún tipo de restricción o condición especial para el desarrollo de sus labores (art. 23 de la LFT).

cambio de un salario o provenían de las ganancias que les dejaba la venta de alguna mercancía, sino si se efectuaban para obtener dinero o crear de forma directa o indirecta condiciones que permitieran la reproducción. Al plantearlo de esta forma se privilegia el propósito de la actividad y no la relación bajo la cual se desarrolla. Centrar el análisis en la relación laboral, que en el contexto de otros estudios puede ser fundamental, en este caso no haría sino ocultar la problemática que me ocupa pues excluiría un gran número de actividades que llevan a cabo los menores. Cabe aclarar que la prostitución, la mendicidad y el robo son formas de obtención de recursos que no aparecieron en las experiencias de ninguno de los entrevistados.³ Por otra parte, la realización esporádica de alguna actividad para obtener dinero no se consideró como trabajo. Para entenderlo de esa manera las tareas debían ser llevadas a cabo por los menores con cierta regularidad, es decir durante ciertas horas al día o determinados días a la semana.

El material empírico se obtuvo a lo largo de tres periodos de trabajo de campo. El primero se realizó durante los meses de enero a mayo de 1990, el segundo de mayo a octubre de 1991, y el tercero durante el último trimestre de 1995. Las dos primeras etapas formaron parte de una investigación sobre las consecuencias de la desocupación entre las familias de obreros de la industria manufacturera y de ex trabajadores de la refinería "18 de marzo"; la tercera buscaba evaluar el impacto de la crisis de 1995 en algunas unidades domésticas pertenecientes a los sectores populares urbanos. Dada la naturaleza de los problemas en investigación, se optó por trabajar utilizando entrevistas abiertas y dirigidas, individuales y colectivas. Durante las conversaciones con estas personas reconstruimos sus historias familiares, sus carreras laborales y recuperamos las rutinas cotidianas de cada uno de sus integrantes. El análisis de esta información me permitió detectar las distintas experiencias de trabajo que habían tenido durante su infancia estos hombres y mujeres, así como los niños que vivían en esos hogares. También fue posible conocer sus apreciaciones acerca de lo que es el trabajo infantil, y la importancia que tenía para esos grupos domésticos.

Se trabajó con un total de 50 familias integradas por 215 personas, 70% formaban parte de unidades domésticas extensas y 30% estaba organizado como unidades nucleares; 51% (110) eran mujeres y el resto

³ Aunque es posible que se ocultara la existencia de estas prácticas durante las entrevistas, su ausencia también es explicable por las características de los grupos familiares de los que estas personas formaron o forman parte. Por otra parte, es importante aclarar que ninguno de los casos eran hogares formados por indígenas.

varones, 38% (82) eran menores de 16 años; 83% (178) de los mayores de 16 años había terminado por lo menos la primaria. Casi la totalidad de estos individuos habían nacido y crecido en zonas urbanas. Sus carreras laborales eran muy diversas: algunos habían trabajado al principio en la industria manufacturera, y al perder su empleo comenzaron a realizar diversas actividades por cuenta propia; otros siempre habían efectuado trabajos de esta naturaleza; las mujeres menores de cuarenta años no habían abandonado sus empleos después del matrimonio ni incluso al nacer su primer hijo, no así aquellas que tenían cuarenta o más años, las cuales habían tenido experiencias laborales antes de casarse, pero las habían abandonado cuando se casaron. No obstante estas diferencias, el grupo entrevistado estaba formado en su totalidad por trabajadores manuales.

Los contextos en que trabajan los niños

Cuando se mira en el entorno, siempre hay niños que tratan de ganar dinero utilizando los métodos más diversos. Las calles de las ciudades latinoamericanas están cada vez más llenas de menores que ofrecen servicios, venden distintos artículos o simplemente piden dinero; en las colonias populares y en las ciudades perdidas están en las puertas de sus casas atendiendo algún pequeño puesto de golosinas al que vigilan mientras juegan con los hermanos y amigos; dentro de sus viviendas participan directamente en la manufactura de mercancías, en la elaboración de alimentos que sus padres u otros adultos venderán, o en el trabajo doméstico.⁴ La problemática del trabajo infantil es multidimensional: hace referencia directa a las condiciones de vida y a las características de la unidad familiar; también está vinculada con ciertas concepciones sobre la socialización, con la percepción de que es la manera de aprender a buscar formas de ganarse la vida, y por ello la importancia de fomentar en los menores la costumbre de desarrollar actividades orientadas a obtener dinero está asociada a la autonomía que logran los niños que tienen "éxito" en sus actividades, que les permite desafiar la autoridad paterna más temprano; y puede ser vista como uno de los motivos más importantes de la deserción escolar.

⁴ El *II Censo de los niños y niñas en situación de calle*, registró un total de 13 373 niños y niñas que viven y trabajan en las calles y espacios públicos cerrados. El fenómeno creció 20% con respecto a 1992, con una tasa de crecimiento anual de 6.6% al finalizar 1995 (Unicef, 1996:29).

El análisis de las actividades que han realizado las personas entrevistadas muestra pocas diferencias entre lo que hacían quienes fueron niños hace veinte, treinta o más años y quienes aún son menores. Los mismos trabajos se repiten en todas las historias: cargar bolsas en los mercados, el servicio doméstico, lavar y cuidar coches, hacer mandados, ayudar en talleres lo mismo de costura que mecánicos, fueron y siguen siendo trabajos que realizan los niños.⁵ Algunos van perdiendo vigencia, como boleear zapatos, y aparecen nuevas ocupaciones como limpiar parabrisas, o disfrazarse de payaso y “actuar” frente a los automovilistas mientras el semáforo indica alto. Esto se puede entender como resultado de los cambios que ha experimentado el modo de vida urbano. Sin embargo, las modificaciones más notables tienen que ver con las tareas que efectuaban quienes vivían en zonas que actualmente son parte de la zona metropolitana de la ciudad de México pero que en años anteriores eran poblaciones aledañas a la capital: Tizapán y Culhuacán. En ellas, si bien había actividad industrial,⁶ ésta coexistía con la agrícola, por lo cual en los relatos de las personas que crecieron en estos contextos aparecen lo mismo experiencias de labores agropecuarias —cuidado de animales, ayuda en los trabajos de siembra y cosecha— que actividades urbanas —trabajos en las fábricas, al lado de los padres o en algún taller mecánico—. Las características específicas de la comunidad en que crecieron estas personas fueron las que propiciaron esta diversidad en sus experiencias. Pero lo que permite entender la permanencia de los mismos trabajos, sin importar el paso del tiempo, es que los menores —antes y ahora— han contado con recursos muy limitados para llevar adelante sus iniciativas. Además, su red social tampoco les ha servido para acceder a infraestructura o tecnología que favorezca la diversificación de sus iniciativas. En estas circunstancias, los niños sólo han contado con sus propias habilidades para trabajar, situación que ha restringido el espectro de posibilidades de desarrollar trabajos “novedosos”. Estos motivos permiten entender por qué los niños han efectuado trabajos marginales como hacer mandados, que sólo requieren saber moverse en los alrededores; cargar bolsas para lo que sólo es necesaria cierta fuerza

⁵ El *Estudio de los niños callejeros* (1992), considera cinco grupos de actividades que realizan los menores: vendedores de productos, vendedores de servicios (lavacoches, estibadores, canastos, boleros, repartidores), servicios muy marginales (limpiaparabrisas, cuidacoches, pepenadores), actorcitos, mendicidad (p. 10); 72.8% de los niños se dedicaba a la venta de productos, 12.5% a la prestación de servicios, 7.8% a actividades marginales, 3.6% son actores, y 3.3% mendicidad (p. 21).

⁶ En Tizapán, por ejemplo, se encontraban instaladas desde fines del siglo pasado y hasta 1960 varias fábricas textiles: La Hormiga, La Fama Montañesa, La Alpina y la papelera Loreto que fue cerrada durante la década de los ochenta.

física; cuidar y lavar coches, en la que sólo se necesita una cubeta y un trapo. Por otra parte, estos requisitos mínimos han permitido a casi cualquier niño incorporarse al trabajo (Alarcón, 1994:148).

Sin embargo, más allá de estas limitantes, es indudable que las condiciones en que se ha desarrollado y las formas que ha asumido el trabajo infantil entre los sectores populares urbanos han estado en estrecha relación con la estructura del grupo familiar. En las unidades extensas, la participación en actividades organizadas por el conjunto de los integrantes ha llevado a los menores a ayudar en el trabajo doméstico. Su colaboración se ha dado de manera "natural", sin que se efectuara como un acto deliberado de incorporarlos a los quehaceres del hogar. Simplemente los niños están ahí y pueden ayudar en la infinidad de tareas pendientes de ser llevadas a cabo, se les puede encomendar el cuidado de los más pequeños o hacer mandados. Esta forma de organización doméstica también ha facilitado que los menores participen en el trabajo de los adultos, acompañándolos o realizando algunas de las tareas que implica la labor que ellos realizan.⁷ Ahora bien, como estos hogares cuentan con más integrantes y como su organización doméstica, en la mayoría de los casos, descansa en la participación colectiva, el aspecto de la necesidad económica como motivo del trabajo de los menores no aparece tan evidente. Lo que resulta más visible es la dinámica de colaboración de todos los moradores, dentro de los cuales se encuentran también los niños, para realizar las diversas labores que requiere la reproducción del grupo.

Por su parte, en los hogares nucleares, los factores que aparecen como más importantes en la experiencia de integración de los menores al trabajo son la etapa del ciclo doméstico y el número de integrantes. Cuando cuentan con pocos adultos trabajadores porque se encuentran en la etapa de expansión o porque son monoparentales, el trabajo infantil se ha visto como una necesidad, como respuesta a la presión económica, en la que los niños han sido colaboradores importantes en la obtención de recursos que permiten la satisfacción de las necesidades de subsistencia.⁸

La forma de organización doméstica y el número de integrantes del grupo familiar han sido elementos que han influido en el significado

⁷ Selby *et al.* (1990:102) señalan que las unidades extensas tienen 64% más niños en la fuerza de trabajo.

⁸ Según datos del *Estudio de los niños callejeros*, una proporción superior a 90% de los miembros de la familia nuclear dependen del trabajo de los niños en la calle (1992:27). Por su parte, González de la Rocha (1988:211) señala que, en Guadalajara, 80% de los hijos de hogares encabezados por mujeres, trabaja.

que se atribuye al trabajo de los niños y en la importancia que ha tenido para la unidad, pero también han intervenido otros factores. En las historias de las personas entrevistadas, los primogénitos habían sido orientados más temprano hacia el trabajo que sus hermanos menores. Sin embargo, una experiencia que aparece repetidamente en las historias laborales y familiares es la de mujeres que, sin ser las primogénitas, tuvieron que abandonar la escuela para empezar a ganar un salario u ocuparse de las tareas domésticas mientras sus hermanos varones continuaban estudiando.

El manejo diferencial que muchos grupos familiares han hecho del trabajo de los niños y el de las niñas también comprende el esfuerzo por mantener cierto control sobre las circunstancias en las que ellas laboran. Se ha procurado su permanencia en el hogar ayudando con el quehacer de la casa o colaborando en las actividades por cuenta propia que realizan los adultos. Cuando salen a trabajar fuera del hogar, sus padres buscan que lo hagan en condiciones que permitan su vigilancia a fin de garantizar que estén “cuidadas”. Estas condiciones las han orientado a trabajar como empleadas domésticas en casas o en pequeños talleres donde también laboraba algún pariente, la madre o alguna amiga de la familia, y evitaban en la medida de lo posible los trabajos que se debían efectuar en la calle. A los varones, por el contrario, si la red de parientes y amigos de la familia no podía ofrecerles trabajo se les animaba a que desarrollaran cualquier iniciativa sin tratar de tener mucha supervisión sobre el lugar, condiciones y/o características de la actividad.

Por otra parte, el trabajo que desarrollan los adultos de la familia ha sido un elemento determinante en el momento en que los niños empiezan a trabajar. Que el padre o un tío conociera un oficio —carpintero, electricista o herrero—, que la madre laborara en un taller de costura o maquilara ropa en su casa, se convierten en factores de gran peso para integrar a los menores en la realización de dicha actividad; cuando por el contrario la fuente de ingresos más importante de la familia ha sido el comercio o la venta ambulante de alimentos, los niños han participado en ellas de distintas formas: acompañando al adulto mientras vende, llevando y trayendo los utensilios o las mercancías. Si la principal fuente de obtención de los medios de vida era el trabajo asalariado, que por lo general se desarrolla en circunstancias que impiden la incorporación de otras personas, los menores desarrollaron iniciativas apoyados por otros amigos que ya contaban con experiencia en ellas, o bien por imitación. Son estos niños los que vemos en calles, mercados, misceláneas, los que tocan las puertas de las casas ofreciendo sus servicios. También ha sucedido que la familia decidía “invertir” algo de dinero en dulces e improvisar un pequeño puesto de golosinas fuera de la casa y se encomendaba a los

niños su atención. Así, el desarrollo del trabajo de los menores se ha dado en un entramado de factores tan diversos como la estructura del grupo doméstico, y la edad, el género y la posición que ocupaba cada uno de los niños en su grupo, así como las características de las actividades que realizaban los integrantes de cada hogar.

Los propósitos del trabajo de los niños

Más allá de la importancia que los ingresos de los niños tienen para los grupos domésticos pertenecientes a los sectores populares urbanos, el trabajo es la vía por la cual se empiezan a inculcar los roles que los menores actuarán cuando alcancen la edad adulta. Las mujeres empiezan a tener responsabilidades domésticas desde muy temprana edad. A los cinco años empiezan a ayudar a lavar platos y utensilios de cocina, tender camas, barrer e incluso cuidar a los hermanos menores. Al asumir estas responsabilidades han aprendido, casi sin darse cuenta, las tareas que han sido asignadas a su género, los trabajos que realizarán cotidianamente en sus propios hogares durante su vida adulta como esposas y madres. Los varones por su parte, cuando tienen siete u ocho años empiezan a acompañar al padre, tío o padrino en su trabajo. Al estar con ellos han adquirido las destrezas propias del oficio y se va preparando el camino que les servirá para que, en un futuro, puedan efectuar ese mismo trabajo por su cuenta, sin necesidad de supervisión. Por otra parte, unas y otros ayudan en todas las actividades que realiza el grupo doméstico para obtener recursos: colaboran en las ventas, realizan algunas operaciones de la producción en los talleres; también se emplean en otros hogares para ayudar en los quehaceres domésticos, o en pequeños talleres o comercios, a cambio de lo cual reciben un pago. Aunque es menos frecuente, en algunas fábricas se permite que algunos menores acompañen a algún obrero durante la jornada laboral. De este modo los niños aprenden a manejar las máquinas y a realizar algunas operaciones del proceso de producción.⁹ Por medio de estas prácticas los niños adquieren los conocimientos y destrezas que exige el desempeño de un oficio, el manejo del hogar, los secretos que permiten la prosperidad de un negocio. Aprenden también la disciplina y docilidad que es necesaria para conservar un empleo.

⁹ En la ciudad de León, Guanajuato, por ejemplo, en los pequeños talleres familiares pero también en los grandes establecimientos automatizados hay menores de edad que ayudan a algún trabajador a realizar su tarea. Cuando finaliza la semana este obrero les da algo de dinero, una "propina" para compensar el trabajo que realizaron. A estos niños leoneses se les denomina "zorritas" (Nieto, 1986).

Así pues, la participación en el trabajo ha sido, sin duda, una de las formas de socialización infantil más comunes y de mayor importancia entre estos sectores de la sociedad. Los grupos domésticos la han promovido con objeto de lograr el máximo de la fuerza de trabajo de que disponen, y así obtener más recursos para la subsistencia, pero éste no ha sido el único motivo. Al asignarles distintas tareas, han fomentado que los menores desarrollen actividades que les permitan ganar dinero. Cuando les han enseñado el oficio que domina el padre o algún pariente, lo han hecho también con la convicción de que ese es el camino para que aprendan una forma de trabajar, un modo de prepararlos para más adelante ganarse la vida de una forma honrada.

Además de mejorar los niveles de vida del grupo, se busca enseñarlos a asumir responsabilidades que en el futuro tendrán con sus propios cónyuges e hijos. Estas experiencias laborales se perciben como una manera de formar adultos trabajadores responsables, con bases que les permitan tener vidas productivas y hogares estables.

Pero estos no son los únicos propósitos del trabajo de los niños. Ellos también han sido el medio por el cual su unidad familiar corresponda la ayuda que ha recibido de otros parientes, vecinos o amigos. Es bien conocida la importancia de las redes de relaciones sociales como recurso que permite la supervivencia de los grupos domésticos (Estrada, 1994; González de la Rocha, 1986; Lomnitz, 1975). La base de estas redes es la reciprocidad. La ayuda se otorga en el entendido de que será correspondida más adelante y no necesariamente de la misma manera. En esta lógica los niños permiten compensar el apoyo que la unidad doméstica ha recibido en situaciones de enfermedad, desempleo o simplemente cuando las cosas se complican. Los niños son enviados a casa de otros parientes, vecinos o compadres para cuidar a otros más pequeños, hacer mandados, realizar tareas domésticas, ayudar a sacar trabajos urgentes en los talleres maquiladores.

En hogares muy pobres, en los que aparece un padraastro, o en el caso de algunas madres solteras, a veces “encargan” o abandonan abiertamente a uno o varios hijos con parientes, conocidos, e incluso con personas de las que sólo se tiene alguna referencia lejana. Estos niños ayudan a esas personas en sus casas, en sus actividades, los acompañan. Su capacidad de trabajar es muy importante para que se les abran las puertas de otro hogar, y les garantiza alimento y techo, sobre todo cuando no existen lazos de parentesco con las personas que los acogen. Esta práctica permite que disminuya la presión sobre el grupo doméstico pues se deshace, por lo menos temporalmente, de algún integrante.¹⁰

¹⁰ Trabajos realizados en Brasil y las islas del Caribe francófono también documentan esta práctica (Scheper-Hughes, 1994; Senior, 1991).

Lo dicho hasta aquí no significa que todos los niños de los hogares de los sectores populares han trabajado. Existen hogares que no se vieron en la necesidad de que sus hijos trabajaran, o que no consideraban que el trabajo durante la infancia es una forma de socialización importante. Esto sucedió en momentos en que se podía evitar que los niños trabajaran. En estos grupos domésticos se privilegió la asistencia a la escuela y los padres evitaban que sus hijos realizaran cualquier actividad que pudiera afectar su rendimiento escolar, con la convicción de que esa era su principal responsabilidad. Esta actitud fue resultado de la ampliación de la oferta educativa que permitió que la educación fuera interiorizada como un valor, y del ascenso que experimentaron las condiciones de vida de las familias trabajadoras durante las décadas de los sesenta y setenta.¹¹ Además, en esos años, las expectativas de ascenso social estaban estrechamente relacionadas con la escolaridad. Estas circunstancias tuvieron como resultado que trataran a toda costa de ofrecer las mejores condiciones a sus hijos para que alcanzaran un óptimo desempeño escolar. Este comportamiento era frecuente sobre todo en los hogares obreros. Por el contrario, en aquellos que se dedicaban a alguna actividad por cuenta propia, prestación de servicios, comercio o fabricación de mercancías, aunque se valoraba la escolaridad, si el “negocio” lo requiriera se sacrificaba la asistencia a la escuela y se incorporaba a los niños al trabajo. Es decir, en estas unidades se anteponía la actividad de la que vivía el grupo doméstico a los logros escolares, mientras que entre los obreros ocurría lo contrario.¹²

No obstante todo lo anterior algunos niños han podido decidir respecto a la posibilidad de desarrollar un trabajo. Es decir, hay menores que salieron a trabajar no porque sus padres ejercieran presión sobre ellos, sino porque así lo deseaban. Pueden ser considerados como “emprendedores” y desde pequeños han desarrollado iniciativas que les han permitido ganar dinero, mientras otros han carecido de ese interés.¹³ Sin embargo, lo que siempre se encontró fue una participación importante de los menores en los quehaceres domésticos, la que nunca fue reconocida como trabajo.

¹¹ Desde 1964 el poder adquisitivo del salario experimentó un aumento sostenido hasta 1976, año en el que alcanzó el máximo nivel en todo el siglo. Durante este periodo la economía nacional creció en forma constante, lo que permitió que, en términos generales, mejoraran los niveles de vida de la población (Estrada, 1996a).

¹² Al analizar las trayectorias escolares, ocupacionales y maritales de tres grandes grupos de generaciones, Quilodrán (1996) destaca la existencia de una fuerte relación entre el término de la escolaridad y el inicio de la vida productiva.

¹³ El *II Censo de los niños y niñas en situación de calle. Ciudad de México*, reporta que 24.75% de los menores expresó que la familia lo manda a trabajar y el resto lo hace por cuenta propia.

Cómo se vive la experiencia

La experiencia de empezar a trabajar puede ser un tránsito imperceptible que tiene lugar al participar en las labores que realiza el grupo familiar, como una forma de convivencia, de cooperación y de obediencia, nunca reconocido como trabajo, y por estas razones tampoco como el inicio de la vida laboral. Puede ser agradable y tener un cierto sabor a libertad recién adquirida cuando es realizada en el grupo de amigos o hermanos, fuera de la tutela de los adultos —padres, maestros, parientes, vecinos—, puede estar entrelazada con el juego. Así lo han experimentado quienes salen a los mercados a ayudar a cargar bolsas, a vender mercancías, a cuidar y lavar coches, a lustrar zapatos. Pero también puede mostrar una cara dura, como lo han vivido quienes desde temprana edad entraron a laborar en alguna fábrica o taller. La amargura de las primeras semanas de trabajo, el primer contacto con la disciplina industrial impuesta generalmente por el pariente que les brindó la “oportunidad” de laborar ahí, acompañada por la obligación de realizar tareas desagradables o aburridas, como limpiar los baños o ejecutar la misma operación durante toda la jornada; o el primer accidente, cuando recién ingresados a la planta, desconocían cómo debían moverse entre las máquinas o manejarlas.

Sin embargo, para la gran mayoría empezar a trabajar también significó empezar a tener dinero, y el uso que los menores hacen de él es otro aspecto sobre el que vale la pena detenerse. No se encontró un patrón uniforme, aunque se puede señalar que algunos, por lo general los que trabajan por iniciativa propia, pueden decidir cuánto dan a la madre o jefa del hogar; mientras que otros se ven presionados a entregar casi la totalidad de sus ingresos; una tercera situación es la de quienes pueden conservar todo el dinero que ganan, pero cuando esto sucede los familiares dejan de proveerlos de artículos personales y ellos deben utilizar su dinero en la compra de uniformes, útiles escolares, calzado o ropa. Por otra parte, los que participan en las actividades que realiza la familia: comercio, servicios o manufactura, pocas veces reciben un pago a cambio de su trabajo, y cuando esto sucede el monto es muy bajo. Esto ocasiona que, cuando estos niños se convierten en jóvenes, tratan de buscar otras alternativas laborales que les permitan obtener un ingreso.¹⁴ Así, trabajar con miembros de la familia permite que ésta vigile la actividad que llevan a cabo los menores y el destino del dinero que ganan, mien-

¹⁴ Escobar (1990) documenta una situación similar entre los jóvenes que trabajan en los pequeños talleres manufactureros de la ciudad de Guadalajara.

tras quienes lo hacen de manera independiente pueden tener mayor control sobre sus ingresos y actividades.

Muchas de las labores que realizan los niños no son consideradas como trabajo por los adultos con los que viven, y por consiguiente tampoco por ellos mismos. Tal vez el elemento más importante para establecer la diferencia entre lo que se considera trabajo y lo que no, es si se recibe un pago o si forma parte directa del proceso de producción de alguna mercancía que será vendida posteriormente. Como parte de esta lógica los quehaceres domésticos que realizan las mujeres o la ayuda que los varones brindan en el hogar no son considerados trabajo. Pero no todas las actividades que son condiciones para el desarrollo de la actividad por cuenta propia se consideran así. Algunas son vistas únicamente como "ayuda". Así, instalar el puesto de antojitos para la venta nocturna fuera de la casa no es trabajar, como tampoco lo es lavar la ropa de la familia. Acompañar a los padres a comprar lo que se requiere para llevar a cabo las actividades por cuenta propia o cargar los paquetes no es trabajo, pero sí lo es participar en la elaboración de los alimentos que posteriormente serán vendidos, en la manufactura de artículos, o acompañar al pariente que tiene un oficio a hacer algún trabajo, aunque en este caso también sólo se cargue la bolsa de las herramientas.

Esta percepción de lo que es trabajo y no lo es también opera cuando los adultos hablan de su propia experiencia laboral durante la infancia. Ellos tampoco consideran que trabajaban cuando realizaron labores de ese tipo. Para ellos esta práctica inició cuando ganaron los primeros pesos, aunque desde mucho antes tenían responsabilidades y desempeñaban tareas que creaban condiciones para la reproducción del hogar, permitiendo que los adultos realizaran otras labores o les aligerara el trabajo.

Así pues, en algunos hogares el trabajo infantil se instrumenta como una forma de socialización, mientras que en otros sólo los menores que así lo desean trabajan. Sin embargo, es importante aclarar que hay hogares en los que los padres presionaban a los hijos para que trabajaran y a pesar de eso no veían este hecho como la forma idónea de socialización, sino como un mal necesario: la forma que el grupo doméstico tenía de satisfacer las necesidades familiares. Estos padres lamentaban obligar a sus hijos a trabajar, a entregar dinero. Esta conducta no estaba contemplada dentro de sus expectativas, de la forma que ellos pensaban era mejor educar a sus hijos, pero las circunstancias los obligaban a adoptarla. Para estas personas, lo que permitía atenuar la frustración que sentían era considerarlo la forma en la que ellos mismos habían sido socializados, la certeza de que si bien el trabajo no era deseable para los niños, es siempre y en cualquier circunstancia una actividad digna.

Trabajo infantil y reajuste estructural

Las condiciones imperantes en el país desde principios de los años ochenta han ocasionado un cambio paulatino en la percepción que sobre el trabajo infantil tienen los grupos domésticos. Es bien sabido que las crisis y los programas de reajuste han traído consigo transformaciones profundas en la vida de las personas. Algunas de ellas han sido la feminización del empleo, la reducción del número de puestos de trabajo, la disminución del poder adquisitivo de los salarios. Una de las consecuencias que esta situación ocasiona ha sido el aumento de la importancia de los ingresos provenientes del sector informal respecto de los que ingresan por la vía de los salarios en los hogares. Estos acontecimientos han obligado a las familias a utilizar toda la fuerza de trabajo de que disponen y a lograr el máximo de sus recursos —materiales, económicos y sociales— a fin de garantizar su subsistencia (Cortés, 1995; Cortés y Rubalcava, 1991; Estrada, 1996a y b; González de la Rocha, 1995). En esta dinámica, la utilidad económica de las actividades que realizan los menores se ha incrementado. Su trabajo ya no sólo se percibe como una forma de socialización, como el medio a través del cual se aprende cuáles son los papeles y las responsabilidades que corresponden a hombres y mujeres, sino que el dinero que obtienen adquiere cada vez más importancia para cubrir las necesidades económicas de la familia. Asimismo, ya no sólo interesa que las niñas aprendan a realizar los trabajos del hogar, ya no se trata de mantenerlas al margen del empleo remunerado. Lentamente, y como resultado entre otras cosas del aumento de la escolaridad, las mujeres reivindican su capacidad de trabajar, de desenvolverse fuera de la tutela de la unidad familiar. Al mismo tiempo, los grupos domésticos empiezan a darse cuenta que ellas también pueden ser proveedoras estables de ingresos monetarios. Estos elementos han contribuido a que su estatus al interior de cada hogar esté cambiando. Esto se conjuga con la urgencia que están experimentando las unidades domésticas de no desaprovechar oportunidad alguna para obtener dinero extra y también ha contribuido a cambiar la percepción sobre la importancia del trabajo femenino remunerado. Si la madre sale a trabajar, la niña puede quedarse al frente de la casa, cocinar, cuidar a los hermanos y atender algún pequeño puesto en la puerta del hogar. Eso cuando no es también ella la que sale a emplearse en algún taller, en el mercado, en algún comercio cercano, en otro hogar como empleada doméstica o incluso en la calle vendiendo alguna mercancía.¹⁵

¹⁵ Entre 1992 y 1995 la presencia de las niñas en la calle se incrementó de 28% a 31.5% (*II Censo de los niños y niñas en situación de calle*, 1996).

Actualmente la participación laboral infantil tiene que ser entendida en el entramado de las presiones externas al grupo doméstico que se manifiestan en el deterioro de los niveles de vida, por los recursos con que cuenta cada hogar y las medidas que diseñan a fin de enfrentar el endurecimiento en sus condiciones de vida, y por los cambios en el estatus de sus integrantes que son resultado de procesos que se han venido gestando durante periodos prolongados, que han resultado en cambios a nivel societal, familiar e individual como es el caso de la educación femenil.

Las consecuencias de la participación económica de los menores son múltiples y dependen del tipo de trabajo que realizan, de las circunstancias concretas en las que se desarrollan, de las características de la unidad doméstica, de rasgos individuales de personalidad, pero sin duda se pueden señalar aspectos que la participación laboral infantil está afectando. Uno de ellos está relacionado con la escolaridad. La necesidad de llevar a cabo una actividad económica de manera más sistemática, asociada a la incapacidad de las familias de brindar condiciones económicas y un ambiente propicio para que los menores continúen estudiando, se refleja en un rendimiento escolar más bajo y en algunos casos, incluso en la deserción.¹⁶ Además, las presiones laborales, la necesidad de prolongar la jornada laboral y lo que se ha denominado “proceso de callejerización” que experimentan muchos de estos niños son otros tantos factores que se están manifestando también en el abandono de la escuela. A estas condiciones materiales que dificultan la asistencia a la escuela se añade la pérdida de la convicción que existió en algunos hogares de que la escolaridad permitía la movilidad social. En aras de ese objetivo, se trató de elevar la cantidad de años de estudio de los hijos, se les apoyó para que llegaran a las escuelas técnicas y a las universidades, sin embargo, con el reajuste estructural cambiaron las reglas del juego y tales expectativas hoy se presentan como inalcanzables e incluso falsas. En la actualidad, los hogares pobres urbanos saben que mayor número de años en la escuela no significa otro tipo de empleo ni un mayor ingreso, que ni siquiera garantiza un empico.

Por otra parte, los niños, al igual que el resto de la población trabajadora, enfrentan cada vez condiciones más precarias para la realización de su trabajo, mayor competencia, mayor inversión de trabajo —en tiempo y esfuerzo— para obtener menos dinero, más riesgos, más inseguridad. Además, en este esfuerzo deben competir no sólo con menores con

¹⁶ No son pocos los casos de jóvenes que abandonaron temporalmente sus estudios cuando el padre atravesó por un periodo de desocupación, para buscar trabajo y colaborar con el grupo doméstico, y más adelante cuando éste ya tenía un empleo estable no volvieron a la escuela (Estrada, 1996a).

los que se encuentran en igualdad de circunstancias, sino con adultos que, con frecuencia, tienen más recursos: fuerza física, redes, e incluso pueden apelar a la intimidación y la violencia para evitar la competencia de los menores. Así pues, sea cual fuere la faceta en que se presenta, el trabajo infantil implica una forma de vida que entraña peligros, pérdidas y un acelerado deterioro de sus condiciones de vida, implica una situación en la que la desigualdad marca todas sus acciones.

Final

La participación laboral de los menores de los sectores populares urbanos no es reciente, ni se encuentra sólo durante los periodos de crisis, sino que existe una tradición familiar en este sentido, forma parte de la experiencia personal de sus integrantes sin importar su edad ni su sexo, es decir, es una experiencia conocida por hombres y mujeres, niños, jóvenes, adultos y ancianos. Es un recurso que siempre ha sido utilizado por estos sectores de la sociedad, sin embargo, su importancia no se ha limitado a ello, pues también ha sido una forma importante de socialización.

Actualmente la experiencia de trabajo de los niños tiene nuevos contenidos. El aumento de la importancia de sus ingresos para la subsistencia familiar, el realizarlo como consecuencia del empobrecimiento que han sufrido sus familias, el endurecimiento de las condiciones en que trabajan, la competencia en circunstancias desiguales con jóvenes y adultos, el verse obligados a renunciar a ciertos mínimos de bienestar que sus padres o hermanos mayores tuvieron, son elementos que contribuyen a darle un significado distinto a su experiencia laboral.

El trabajo infantil es otro de los fenómenos en los que se manifiesta la contradicción entre los valores que se postulan y las condiciones concretas en que viven los individuos. Socialmente hay un reconocimiento de los riesgos que implica su trabajo en cuanto a exposición a accidentes, a condiciones que afectan su salud, y repercute en los efectos de la educación; sin embargo, estos niños deben asumir desde temprana edad responsabilidades que se consideran propias de los adultos como es ganarse la vida y colaborar en la manutención de una familia. Así, para estos menores tener la necesidad de trabajar es una vivencia que implica pérdidas sobre logros sociales ya alcanzados, la escolaridad por ejemplo. Pero estas pérdidas tienen un significado más grave porque tienen lugar en un contexto social y político en el cual se plantea que los niños tienen "derechos", y en su experiencia cotidiana no sólo no acceden a nuevos sino pierden los ya alcanzados.

Estos son indicios de que no estamos de regreso a una situación pasada, sino ante un fenómeno nuevo, el cual, aunque muestra una forma antigua, tiene un contenido diferente. De la misma manera que no es lo mismo ser mujer u obrero hoy que hace sesenta años, tampoco es lo mismo ser menor de edad y tener que trabajar hoy que hace sesenta años. Las circunstancias son distintas, la problemática también lo es. No es posible, aunque a veces así lo parezca, olvidar las vivencias que se han tenido, las mejoras que se han experimentado en las condiciones de vida y de trabajo, ni los proyectos que se imaginaron. Cuando se sufren pérdidas, como las ha sufrido la población de este país durante los últimos quince años, no se vuelve a la situación anterior, se está ante una situación que implica retrocesos pero que nunca es idéntica a lo que se vivió en el pasado.

Recibido en agosto de 1997

Revisado en noviembre de 1997

Correspondencia: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS)/Juárez 87/Del. Tlalpan/C. P. 14000/México, D. F./fax 573 90 66

Bibliografía

- Alarcón, Walter (1994), *Ser niño. Una nueva mirada de la infancia en el Perú*, Lima, UNICEF-IEP.
- Alianza en Favor de la Infancia de la Ciudad de México (1996), *II Censo de los niños y niñas en situación de calle. Ciudad de México*, México, UNICEF.
- Comisión para el estudio de los niños callejeros (1992), *Ciudad de México: Estudio de los niños callejeros. Resumen ejecutivo*, México.
- Cortés, Fernando (1995), "El ingreso de los hogares en contextos de crisis, ajuste y estabilización: un análisis de su distribución en México, 1977-1992", *Estudios Sociológicos*, vol. XIII, núm. 37, enero-abril, pp. 91-108.
- y Rosa Ma. Rubalcava (1991), *Autoexplotación forzada y equidad por empobrecimiento*, México, El Colegio de México.
- Escobar, Agustín (1990), "Auge y crisis de un mercado de trabajo: los talleres manufactureros de Guadalajara antes y después de 1982", en De la Peña et al. (comps.), *Crisis, conflicto y sobrevivencia. Estudios sobre la sociedad urbana en México*, México, Universidad de Guadalajara-CIESAS.
- Estrada Iguíniz, Margarita (1996a), *Después del despido. Desocupación y familia obrera*, México, CIESAS.

- _____ (1996b), "Ajustes domésticos ante el reajuste estructural. La experiencia de los obreros desocupados", *Estudios Sociológicos*, vol. XIV, núm. 40, enero-abril, pp. 101-206.
- _____ (1994), "Dos maneras de enfrentar el desempleo", *Signos*, núm. 2, pp. 50-53.
- González de la Rocha, Mercedes (1995), "Reestructuración social en dos ciudades metropolitanas: un análisis de grupos domésticos en Guadalajara y Monterrey", *Estudios Sociológicos*, vol. XIII, núm. 38, mayo-agosto, pp. 261-281.
- _____ (1988), "De por qué las mujeres aguantan golpes y cuernos: un análisis de hogares sin varón en Guadalajara", en Gabayet *et al.* (comps.), *Mujeres y sociedad. Salario, hogar y acción social en el occidente de México*, México, El Colegio de Jalisco-CIESAS.
- _____ (1986), *Los recursos de la pobreza. Familias de bajos ingresos en Guadalajara*, México, El Colegio de Jalisco-CIESAS-SPP.
- Lomnitz, Larissa Adler (1975), *¿Cómo sobreviven los marginados?*, México, Siglo XXI.
- Nieto, Raúl (1986), "El oficio zapatero: antecedentes y tendencias", *Nueva Antropología*, vol. VIII, núm. 29, abril, pp. 29-47.
- Nolasco, Margarita y Ma. Luisa Acevedo (1985), *Los niños de la frontera ¿espejismos de una nueva generación?*, México, Océano-Centro de Ecodesarrollo.
- Quilodrán, Julieta (1996), "Trayectorias de vida: un apoyo para la interpretación de fenómenos demográficos", *Estudios Sociológicos*, vol. XIV, núm. 41, mayo-agosto, pp. 393-416.
- Scheper-Hughes, Nancy (1992), *Death Without Weeping. The Violence of Everyday Life in Brazil*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press.
- Scherer, Gabriela (1995), *Los hijos de la calle. Niños sin infancia*, México, SNTE.
- Selby, Henry *et al.* (1990), *The Mexican Urban Household. Organizing for Self-Defense*, Austin, University of Texas Press.
- Senior, Olive (1991), *Working Miracles. Women's Lives in the English-speaking Caribbean*, Cave Hill, Barbados, Institute of Social & Economic Research, University of the West Indies.¹